

## ARTÍCULO III

## PLAN Y ASUNTO

I. María no está comprendida en la ley común.

Para dispensar á María de la ley común, fué preciso que interviniera la autoridad soberana, el autor de toda ley, el que tantas veces obró en favor de María.

II. María no participó del contagio universal.

Para separarla de la masa común de los pecadores, fué precisa la intervención del que tantas veces la separó de los demás de una manera tan visible, por los grandes é impenetrables designios que tuvo sobre ella antes del tiempo.

III. María fué exenta por la gracia de la cólera que nos acompaña desde nuestro origen.

Para prevenirla de la cólera imploró el amor eterno de Dios, que hizo de María una obra de misericordia antes de que pudiese ser objeto de odio.

La fiesta de la Inmaculada Concepción puede considerarse bajo dos aspectos distintos.

Con respecto á María.

Con respecto á nosotros.

I. Con respecto á María.

El día de su triunfo fué el día en que se cumplió la profecía pronunciada por el Criador en el Edén, el día primero del mundo: *Ipsa conteret caput tuum.....* Este es el primer milagro al que seguirán otros muchos. En esta Mujer que ha venido á ser Madre de Dios, hallaremos una carne sin fragilidad, una vida sin mancha, un parto sin dolor y una muerte sin angustia.

II. Con respecto á nosotros.

Esta fiesta debe inspirarnos:

1° Un gran zelo por nuestra perfección. Si María de-

bió ser tan perfecta para que mereciera llevar en su seno el Verbo divino, ¿cuánto no deberá hacer el cristiano que en la comunión recibe en su corazón el verdadero Hijo de María?

2° Sentimiento de pureza.

3° Sentimiento de humildad. Desgraciadamente antes de ser hijos de Dios fuimos hijos del demonio. Nuestro cuerpo, al que tratamos quizá con hartos miramientos, fué en un principio la morada de Satanás. Nuestro corazón, cuya sensibilidad ensalzamos, tuvo por dueño al mayor de los tiranos, y sin embargo, todavía nos atrevemos á jactarnos de muchas cosas!.....

## ARTÍCULO IV

## Extractos y pensamientos diversos

I. No hay ningún dogma en la Iglesia católica, ni se observa nada en ella perteneciente á la alta disciplina, que no tenga sus raíces en lo más hondo de la naturaleza humana, y consiguientemente en la opinión universal más ó menos alterada en algunas partes, pero en su principio, común á todos los pueblos y á todos los tiempos. (*J. de Maistre Del Papa*).

Una mujer destinada desde la eternidad á salvar el mundo deificando nuestra naturaleza y á encerrar en su casto seno á AQUEL cuya morada es el Sol, y que huella con sus plantas las alturas de los cielos; una mujer esperada desde poco después de la creación revelada por Dios mismo en el paraíso; que era el término de todas las generaciones santas que se han sucedido desde el tiempo de los patriarcas, no puede ser una mujer común y debe gozar de prerrogativas sobrehumanas. De este pensamiento piadoso y justo se deriva la piadosa creencia de la Concepción Inmaculada de María.

Si nos remontamos al tiempo de los apóstoles, veremos que ya se aplicaban á María los títulos de Santísima é inmaculada. El Apóstol San Andrés, citado por el babilonio Abdías, se expresa en estos términos: "Así como el primer Adán fué hecho de la tierra antes de que fuese maldecida, así también fué formado el segundo Adán de una tierra virgen, que jamás fué maldecida." Los santos y los mártires que vivieron en el siglo III, San Hipólito, San Gregorio, Obispo de Necesarea, Orígenes y San Dionisio de Alejandría, todos dan á la santa Virgen los títulos de pura y de inmacu-

*lada*. San Cipriano es algo más preciso y dice claramente que hay una diferencia muy grande entre la Virgen y los demás mortales, pues sólo tiene de común con ellos la naturaleza, más no la culpa.

En el siglo IV, San Basilio y San Epifanio tributan á María el mismo homenaje. San Ambrosio la compara á "un tallo derecho y lozano que no ha tenido nunca ni el nudo del pecado original, ni la corteza del pecado actual." San Gerónimo la compara á un día sin tinieblas. *Orsini, la Virgen*.

II. La virginal maternidad de María implica una concepción inmaculada. La misma razón que hizo nacer á Jesús de una madre *virgen*, debió hacerle nacer de una *inmaculada*. Creemos que este argumento es de mucha fuerza.

¿Por qué quiso Dios nacer de una Madre Virgen sino para que la santidad que debía tener su humanidad viniese de más lejos que su nacimiento inmediato? quería que esa santidad se hallase ya en su madre, como por reflejo, del cual se extendería después por soplo del Espíritu Santo á toda la humanidad. Es evidente que la virginidad de María no fué sino por este motivo la condición de su maternidad. De modo que esta virginidad estaba preparada con anterioridad por Dios, á quien la había consagrado María en los mismos lazos del matrimonio, como que debía ser el habitáculo del Santo de los Santos. María era desde entonces llena de gracias, bendita entre todas las mujeres y con ella estaba el Señor.

Pero si esta virginidad, si esta plenitud de gracia y esta bendición eran la condición *anterior* y preparatoria de la maternidad de María, ¿quién no comprende que esta anterioridad debía remontarse á su concepción, para que naciera de una Virgen sin pecado el que venía á lavar los pecados del mundo, como dice primorosamente San Bernardo? ¿Qué otro motivo bastante poderoso podía haber para querer en María esa santidad virginal antes de la concepción de Jesucristo, que no sea bastante para hacerle remontar á la concepción de la misma María? La santidad del Hijo de Dios, motivo de la santidad anterior de María, no podía satisfacerse á medias, reclamaba á María toda entera y debía ocuparla desde su origen.

Lo que fué María después de haber concebido á Jesucristo debía serlo desde que ella misma fué concebida. Su personalidad está identificada con su santa virginidad y con su pureza inmaculada, de la cual está revestida como del Sol. El prodigio que la hizo conservar esta pureza y virginidad en la concepción y en el parto de su Hijo, nos responde del que así la invistió desde que fué ella misma concebida. (*Nicolás, la Virgen y el Evangelio*).

III. Cuando contemplo á nuestro Salvador Jesús, amor y esperanza nuestra, en brazos de la Santísima Virgen ó mamando su leche virginal, ó durmiendo tranquilamente en su seno, ó guardado en el fondo de sus entrañas; cuando medito en este encarcelamiento del Incomprensible y de este modo veo reducida su inmensidad; cuando pienso en ese voluntario encarcelamiento de mi libertador, me digo algunas veces: "¿Sería posible que Dios hubiese querido poner en poder del diablo, aun que sólo fuese por unos momentos, el templo sagrado que destinaba á su Hijo, el santo tabernáculo en que debía descansar tanto tiempo, el lecho virginal en don-

de debía celebrar sus bodas espirituales con nuestra naturaleza?" Tal es el raciocinio que me hago y luego dirigiéndome al Salvador, exclamo: "No permitas, oh Dios bendito, que tu madre se vea visitada por el demonio. Si Satanás osara acercarse á ella, cuando viviendo en ella la convertís en paraíso, ¿cómo descargaríais sobre él los rayos de vuestra divina cólera! ¿Con qué afán defenderíais el honor y la inocencia de vuestra madre! ¿Oh Niño bendito, que habéis hecho los siglos y sois desde antes del tiempo! cuando vuestra madre fué concebida, la contemplábais desde lo más alto de los cielos y vos mismo erais quien formaba sus miembros. Vos fuísteis quien inspiró el soplo de vida que animó esa carne de la que debía nacer la vuestra. Ved, oh Sabiduría eterna, que va á quedar manchada por el pecado y que caerá bajo el dominio de Satanás. Apartad de ella un peligro semejante. Honrad desde ahora mismo á vuestra madre, y haced que le valga tener un Hijo que era antes que ella, porque al fin y al cabo, ella es ya vuestra madre y sois ya su Hijo. (*Bossuet, sermón sobre la Concepción de la Santísima Virgen*).

IV. Es cierto que existe una ley de muerte que condena á todos los que nacen; pero se dispensa de las leyes más generales á las personas verdaderamente extraordinarias. Cierta vapor maligno y contagioso ha infestado al género humano; pero algunas veces nos libramos del contagio alejándonos. El pecado hereditario nos hace por naturaleza enemigos de Dios; pero la gracia puede salvar la naturaleza. Para expresar mejor mi pensamiento diré que para evitar el contagio es preciso separar, y contra un mal natural es preciso prevenir. Así es que me propongo hacerlos ver á María dispensada, preparada y prevenida: dispensada de la ley común, separada del contagio universal, prevenida por la gracia contra la cólera que nos persigue desde nuestro origen. Para dispensarla de la ley, apelo á la autoridad soberana que tantas veces se declaró en favor suyo; para separarla de la masa común de los pecadores, apelo á la sabiduría que la separó de una manera tan visible de los demás, por los grandes é impenetrables designios que tuvo acerca de ella antes del tiempo; y para prevenir la cólera, apelo al amor eterno de Dios que la hizo obra de misericordia antes de que pudiese ser objeto de odio. (*Bossuet, 2º sermón sobre la Concepción de la Santísima Virgen*).

V. Desde el momento en que Dios formó á María en el seno de su madre, vino á ser María, por la singular ventaja de su Concepción la más ilustre, la más perfecta y dichosa de todas las criaturas. La más ilustre, porque era de la casa real de Judá, y como nieta de David contaba entre sus antepasados infinitos monarcas y soberanos. La más perfecta, porque era la obra maestra del Todopoderoso; y ninguna podía compararsele en el orden de la naturaleza respecto á las cualidades eminentes que la distinguían y debían hacer de su persona el milagro de su sexo. La más feliz, porque fué concebida para ser madre de un Dios y dar al mundo un Redentor. Muy cierto es esto, pero, ¡oh profundidad y abismo de los designios de Dios! Todo esto sin la gracia y fuera de la gracia cuyas primicias recibió María en su Concepción, no sólo no hubiera sido de ningún mérito á los ojos de Dios, sino que no hubiera impedido que María, á

pesar de tantas ventajas, hubiese sido personalmente el objeto del odio de Dios. Esto es lo que la fe nos obliga á creer. ¿Qué consecuencias no debemos sacar de esto para comprender lo que es el pecado con relación á nosotros y hasta dónde se extiende la fatal desgracia de nuestro origen? Dios, cuyo discernimiento es infalible, y que, único juez equitativo del mérito de su criatura, sabe estimarla en lo que vale, no consideró á María en su Concepción, ni por las gracias naturales con que comenzaba á dotarla, ni por la nobleza de su nacimiento, ni aun porque debía nacer de ella el Santo de los Santos. Esto podía bastar para hacer que su Concepción fuese gloriosa, pero no bastaba para hacer de esta Virgen una criatura según el corazón de Dios. Por lo mismo Dios no la estimó ni la consideró como hija suya muy amada, sino porque desde entonces la halló revestida de su gracia y exenta de la corrupción del pecado. (*Bourdoulou, sermón sobre la Concepción de la Virgen*).

#### TRADICION SOBRE LA INMACULADA CONCEPCION

VI. El Apóstol San Andrés decía á los primeros fieles: "que el primer hombre fué formado de una tierra inmaculada; que el árbol de la peccación fué el que introdujo la muerte en el mundo; y que era necesario que naciera de una Virgen inmaculada del Cristo, hombre perfecto, verdadero hijo de Dios, autor del primer hombre para que restituyese la vida eterna que todos habían perdido, destruyendo con el árbol de la cruz los efectos producidos por el árbol de la concupiscencia."

¿Será preciso que os hable de San Justino, filósofo y mártir que bebió de tal manera en las aguas puras de la fe, que en la primera mitad del segundo siglo compuso sus obras inmortales y derramó heroicamente su sangre por Jesucristo? ¿Deberé recordaros que si Eva era virgen y sin mancha cuando perdió á la humanidad, debió ser María más pura para cooperar á nuestra restauración?

¿Será necesario que os hable de San Ireneo, que fué como un grande astro llegado del Oriente? Por medio de San Policarpo su maestro estuvo en comunicación con el apóstol San Juan, tutor de la Augusta Virgen durante el último año de destierro que pasó en el mundo. Ninguno ha sido mejor conocedor de sus glorias que el ilustre discípulo y sucesor de Pothnio, y él nos dice que la virginidad de María le permitió ser la abogada de Eva, virgen también en verdad, pero culpable. ¿Hubiera podido acaso ser mediadora en favor suyo si se hubiese hallado envuelta en el pecado de Eva?

El punto de contacto que hay entre Eva y María es el punto culminante entre todos en la doctrina de los primeros tiempos. Así lo vemos en Tertuliano, en Orígenes y en San Epifanio, pues cada uno imprime á ese pensamiento, al desarrollarlo, el carácter de su genio. Todos ellos, si no lo dicen de una manera expresa, dejan comprender cuando menos que María fué tan inmaculada para salvar al mundo como la antigua Eva para per-

derlo; que para darnos plenamente la vida no debió estar sujeta nunca á la muerte; que no es posible suponer que llamada al sublime destino de quebrantar la cabeza de la serpiente, haciéndola expiar el triunfo que obtuvo sobre la primera mujer prevaricadora, hubiese podido sufrir el yugo de sus encantos y su veneno. Si todo esto nos explica bastante claramente la Inmaculada Concepción de María, ¿cómo no vemos en ello la doctrina de este dogma sagrado?

En los diversos símbolos empleados por la antigüedad cristiana para glorificar á María, sobresale igualmente la Inmaculada Concepción. Esos símbolos son históricos. Ya saluda á María como á un paraíso de delicias, ya la considera como una morada de gloria y de felicidad, plantada por la mano del mismo Dios, en cuya entrada había colocado á los querubines encargados de agitar sus espadas de fuego para alejar á la serpiente que quería penetrar en ella con sus perfidias infernales y sus proyectos homicidas. En el concilio de Efeso se la compara ya con el árbol milagroso que ardía sin consumirse, lo que significa que según ellos estaba colocado en una atmósfera de pecado que todo lo devora mientras ella permanece intacta; ya con una nueva arca de la alianza que construida de madera impermeable y forrada de oro interior y exteriormente, recibiera el tesoro de toda santificación. Muchas comparaciones se encuentran parecidas á ésta, y todas ellas tienen por principal objeto representar á María como habiendo sido siempre sin mancha.

Veamos los símbolos terrestres. Ya es un lirio entre espinas; ya un vástago de la vara de Jessé, pero sin inclinación alguna, sin nudos, sin flores mustias y sin frutos amargos; ora es una fuente sellada cuyas aguas no mueven las tempestades ni turban la límpida transparencia de su cristal.

Veamos los símbolos celestes. Se la representa como una aurora que asoma sin nubes en medio de un cielo sin vapores. Es una luz sin igual, escogida como el sol y más bella que la luna, porque el astro de la noche tiene sus manchas y lunares, mientras que en la luz de María no hay sombras ni manchas.

Tras estas fórmulas, más brillantes que precisas, vemos asomar ya una opinión más terminante. San Ambrosio declara y enseña que el Verbo, encarnado para rescatar al mundo, ha comenzado su obra por medio de su madre, de modo que la que debía traer la salud á la tierra, había de ser la primera que recibiera el germen de salvación del que era su germen y garantía (II, Luc. 3.) ¿Quién se atreverá á decir que el gran Obispo de Milán no hacia brotar el gran bien de la redención por medio de María sino del segundo instante de su existencia y no del primero?

San Agustín, noble hijo espiritual de San Ambrosio, doctor de los doctores, luz de tantos concilios, oráculo de tantas iglesias y antorcha de tantos siglos, habla sobre esto de una manera más explícita: Excepción á la Santa Virgen, sobre la cual no quiero que se hable por honor de su Hijo y Señor Nuestro, en tratándose del pecado. (Libro de Nat. et grat. cap. XXXVI). No se pronunció de una manera positiva el augustísimo privilegio de la concepción, pero ésta fué su expresión negativa. El ilustre Obispo de Hipona no quiere que, en tratándose del pecado, se hable para

nada de María. Luego, cuando se habla de la culpa original, no quiere que se comprenda en ella á María. Luego supone y cree que la augusta Virgen está exenta de este contagio por una barrera de gracias levantada desde el primer momento de su existencia.

Comienza á brillar, pues, una nueva irradiación en favor de esta gloriosa prerogativa. No se trata ya de testimonios generales que la admiten como conclusión, sino de otros más determinados, de proposiciones menos indefinidas que la presentan sin intermediario, como el rayo de luz que atraviesa la nieve; no la presentan como una aurora, sino como una mañana sin nubes. Vemos aparecer sucesivamente en Oriente y en Occidente á San Fulgencio, San Juan Damasceno, San Fulberto, San Pedro Damiano, San Anselmo y San Bruno; á Ives de Chartres, al abate Ruperto, á Hugo y Ricardo de San Victor, á Pedro de Blois y á otros mil que esparcen una luz cada vez más radiante con respecto á María. Y cuando al través de los tiempos diferentes en que vivieron estos hombres ilustres, nobles depositarios de la tradición, llegamos al siglo doce, desaparecen las sombras y el astro brilla en el zenit. *Quasi lux splendens procedit et crescit usque ad perfectum diem* (Prov. IV, 18).—*Monseñor Plantier, Obispo de Nîmes.—Instrucción pastoral para el aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción.*

VII. Cumpliése el tiempo anunciado por los oráculos. De la vara de Jessé brotará el vástago bendito que debe llevar la flor de nuestra salud. Pasemos á Nazareth y saludemos amorosos á Joaquín y Ana. La eminente piedad de esta pareja oscura y modesta, aunque de origen real, la hizo merecedora de que el Todopoderoso la eligiera para preparar una madre á su Hijo divino. Concebida ya desde la eternidad en el pensamiento de Dios, la Mujer, la Eva reparadora, fué concebida, en el tiempo, en el seno de Ana la graciosa.

¡Feliz madre! ¡Cuán grande es el tesoro que llevas en tus entrañas! Todos los hijos de los hombres pueden decir con el Profeta: "He sido concebido en la iniquidad, porque no existe un sólo recién nacido que esté exento del pecado original; pero la que tiene su raíz en vos puede decir: He sido concebida en la justicia y en la inocencia. Hija de Eva, no he heredado la mancha de la primera culpa, porque yo he sido concebida en el pensamiento del Altísimo antes que Eva, y vengo para reparar su falta."

La Inmaculada Concepción de María, dogma conmovedor de nuestra fe, brilla en las santas Escrituras como un diamante en una corona de oro. Hay entre María y la serpiente la enemistad, anunciada desde hace cuatro mil años, no puede ser de un momento, sino que es perpetua. Vanamente el demonio, semejante al alconero que busca su presa antes de que asome la aurora, intentará hacer penetrar en su alma la mano del pecado, ni arrastrándose podrá morderle el calcañar: será impotente contra ella en la parte más insignificante de su cuerpo. La historia del tiempo co-

mienza en esta promesa de Dios. La fe de las generaciones transmitirá fielmente el oráculo y un día lo pondrá la autoridad de la Iglesia por medio de una declaración solemne, al abrigo de toda duda, y el universo católico manifestará su regocijo con trasportes que el mundo no ha conocido jamás.

¿No podía crear Dios el alma de María sin permitir que se contagiara con el pecado? ¿Quién puede dudar de ésto? ¿No ha creado también á los ángeles y á nuestros primeros padres en estado de santidad? Podía igualmente esparcir la gracia santificante en el alma de la Virgen después de la concepción; pero ¿por qué no podía dársela también en el mismo instante de su concepción? Ciertamente es que una ley general determina que todos nacemos manchados con el pecado; pero esta ley general está hecha por el soberano Señor, que no se sujeta sino á lo que quiere. Aun en lo humano una ley de muerte no desnuda á su soberano del poder de perdonar.

Innecesario nos parece decir que este es precisamente el caso en que convenia que Dios hiciera uso de ese poder. Con efecto, ¿cómo puede concebirse que María, que fué sacada de la raza humana para que fuese el objeto de la eterna predilección del Criador, cayese por voluntad del Criador en la desdichada suerte común al género humano? ¿Cómo puede concebirse que la Trinidad, que la asoció á la más grande victoria que tuvo sobre el demonio, hubiese permitido que fuera antes esclava del demonio! ¿Qué padre consentirá en entregar á la hija de sus entrañas á su mayor enemigo? ¿Cuál sería la hija que pudiendo crear á su madre, dejara de enriquecerla con todos los dones que en su mano estuviesen? ¿Qué esposo que estuviese en posesión de las mayores riquezas dejaría de ofrecerlas á su esposa como prenda de su amor? Digámoslo muy alto y sin titubear en nuestra fe: por honor de Dios, no pronunciamos nunca el nombre de María cuando se hable del pecado. (*Agust. de Nativ. et grat.*) No sólo se trata de ella, sino de Dios mismo, de quien será el infalible santuario y la generosa cooperadora. Por honor de Dios, la vida de María no será sino una continuación de privilegios enteramente excepcionales. No podía negarle el cielo la joya de una concepción sin mancha. La gracia del antiguo Testamento se obtuvo por los méritos futuros de Jesucristo, así como se obtuvo la del nuevo Testamento por sus méritos pasados. La concepción inmaculada de María se desprende de uno de los rayos de la cruz y de una gota de sangre divina, desde antes anunciada. El que dirá pronto sin temor de que se le desmienta: "¿Quién de vosotros me acusará de pecado?" (Juan, VIII, 46) quiere que se diga lo mismo de su madre.

¡Cuán gratos son á mis oídos, oh María, los nombres con que te saludan las divinas Escrituras! El mismo Dios es quien te dice por boca de Salomón: "Tú eres mi paloma, mi amada; eres toda hermosa y no hay mancha en tí. ¡Cuán to me regocija una gloria tan brillante! Me envanece reconocer en tí un privilegio eminente que sólo á tí te pertenece entre todas las criaturas nacidas de hombre y de mujer.

Por su Inmaculada Concepción se mantuvo la inteligencia de María pura y recta. En su corazón no penetró jamás la concupiscencia, y su carne

virginal jamás conoció la seducción de los sentidos. ¿Quién ha sido tan prudente, humilde, modesta y reservada como ella?

Gran lección es esta para nosotros que llevamos el tesoro de nuestra virtud en un vaso frágil y manchado con harta frecuencia á causa de nuestra presunción y de nuestras imprudencias voluntarias. ¡Con cuánta resolución deberíamos emprender hoy nuestra enmienda! Busquemos, para conseguirlo, la protección de la Virgen inmaculada.

## ARTÍCULO V PLÁTICA II

### EL CULTO DE MARÍA SEGÚN LA SAGRADA ESCRITURA

Hemos probado ya que á los ojos de una sana razón está perfectamente fundado el culto de la Santísima Virgen, y que lo admiten sin trabajo ni discusión todos los católicos, que le consideramos como un deber y una necesidad. Tal vez nuestra demostración habrá parecido extraña á algunos; si así es, su sorpresa sólo nos probará que la causa principal de su extrañeza consiste en que tocan cuestiones teológicas sin tener conocimiento de ellas, y suya es la culpa. En esta plática aumentará tal vez su sorpresa cuando les demostremos el lugar que ocupaba María, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, siendo así, que según cierta clase de sabios, no puede figurar en él.

En las primeras páginas del Génesis hallamos ya profetizado de un modo misterioso el nacimiento de María. Al perder Eva con su inocencia su privilegio de inmortalidad; al ver convertidas en espinas las flores del Edén; cuando su ojo de madre, cruzando la serie de los años, vislumbró las desdichas que pasarían sobre la humanidad, cruzó en su mente un rayo de esperanza y futuro perdón que templó en cierto modo el dolor de sus fúnebres presentimientos. Comprendió que Dios había pronunciado

contra el que la engañó con seductoras promesas, esta declaración vengadora; *«Immicitias ponam inter te et mulierem et semen tuum et semen illius, ipsa conteret caput tuum.»* Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; y ella quebrantará tu cabeza.

¿Cuál era la mujer que según el pensamiento de Dios debía aplastar la cabeza de la serpiente, ó en otros términos, destruir el imperio del demonio usurpado en el paraíso terrenal? Ved lo que nos dice Bossuet, que nos da una clara lección acerca de esto: «María es la nueva Eva, dice en sus Elevaciones sobre los misterios. Se da á Eva el nombre de madre de los vivientes (*Gen.*) aun después de su caída, según nos lo hacen notar los santos doctores, siendo así que más bien debería dársele el de madre de los muertos. Pero recibe este nombre en la figura de la Virgen, que es la nueva Eva, como Jesucristo es el nuevo Adán. La perdición del linaje humano comenzó por Eva, y nuestra salvación comenzó por María, que tomó en nuestra regeneración la misma parte que tomó Eva en nuestra caída, así como tuvo Jesucristo en nuestra regeneración una parte igual á la que tomó Adán en nuestra desgracia.» Tal es el comentario hecho sobre la promesa del paraíso terrenal por el pensador profundo, cuyo genio penetró de un modo tan admirable los misterios cristianos. —Otra profecía hay no menos famosa, que demuestra cuáles eran los designios de Dios respecto á la Santísima Virgen. Muy lejos estamos de los primeros días del pecado original. Los siglos pasaron y llegó el tiempo de Isaías. Los reyes de Siria y de Persia pusieron sitio á Jerusalem. Acáz y el pueblo todo estaba consternado y temía la completa destrucción del pueblo judío. Entonces les dijo el profeta, inspirado por Dios: «Nada temáis, porque una Virgen concebirá y parirá un hijo que tendrá por nombre Emanuel.» *«Ecce Virgo concipiet et pariet filium et vocabi-*

*tur nomen ejus Emmanuel. (Isaías cap. VII).* Luego no es preciso hacer esfuerzo alguno para comprender quién será la Virgen que ha de ser madre del libertador de Israel. El santo Evangelio nos da una clara explicación de la profecía, porque hallamos en el cap. I, ver. 2 y siguientes de San Mateo que María concibió por obra del Espíritu Santo, que parió un hijo que se llamó Jesús, y que todo esto se hizo para que se cumpliera lo que dijo el Señor por boca de su profeta: «Una virgen concebirá y parirá un hijo á quien pondrán por nombre Emanuel, que traducido significa Dios con nosotros: *Hoc autem totum factum est ut adimpleretur quod dictum est a Domino per prophetam dicentem: ecce virgo in utero habebit et pariet filium et vocabunt nomen ejus Emmanuel, quod est interpretatum nobiscum Deus.*»

Santa y maravillosa es la armonía que guardan los dos testamentos; armonía que admira y despierta la fe de todos los que no han cerrado para siempre los ojos á la verdad. No se hace mención anticipada de la Santísima Virgen solamente en uno ó dos capítulos de la Biblia, sino que casi todos los escritores inspirados de Israel hablan de ella en términos más ó menos claros y más ó menos extensos, lo que nos da una prueba evidente del lugar que ocupaba la Virgen libertadora en la mente y deseos de todos. Bossuet dice en sus Comentarios que existen en los libros sagrados y antiguos innumerables textos que se aplican á María, no debido á una interpretación piadosa, sino que deben entenderse al pie de la letra.

Ved en primer lugar lo que dice el santo rey David: «Una reina ha tomado su asiento á la derecha del Señor; vestida con vestiduras de oro. Mas toda la gloria de la hija del rey consiste en sus virtudes:» *Astetit regina a dextris in vestitu deaurata..... omnis gloriæ filie regis ab intus..... adducentur regi virgines post eam.....et concupiscet rex decorem tuum.*

Muchas son las hijas de Sión que han acumulado riquezas, más á todas has tú aventajado con el brillo de tu magnificencia. «*Multe filie congregaverunt divitias, tu supergressa es universas.* (Provs. XXXI, 29). ¿Por qué admirarse? Salomón declara que fué creada desde el principio, antes que los siglos. Todavía no alzaban los montes sus escarpadas crestas hacia los cielos, ni corrían los ríos por entre valles y praderas, ni abriera la tierra sus hondos abismos, cuando María estaba ya concebida en la mente del Altísimo. *Ab initio et ante sæcula creata sum..... nondum era abyssi et ego jam concepta eram.*

¿Quién es ésta, exclama el autor de los Cánticos, que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla? «*Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna electa, ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?*»—Ven, hermana mía, ven y serás coronada. «*Veni, soror mea, coronaberis.*» Toda tú eres hermosa y no hay defecto en tí. «*Tota pulchra es et macula non est in te.*»

Podríamos multiplicar las citas y presentar á María glorificada en mil lugares de la Escritura en los que se le dan los títulos más gloriosos. Nos fijaremos especialmente en los personajes de la historia judáica que, según el sentimiento tradicional y consagrado por la Iglesia, la anuncian bajo un símbolo figurativo. María es la verdadera Sara, ella nos dió al verdadero Isaac, que fué realmente inmolado en la montaña. Santa María es la bella Rebeca que dió á luz al verdadero Jacob, heredero de las generaciones benditas del Señor. ¿Quién es Raquel la muy amada sino la madre del nuevo José, del justo vendido por sus hermanos, condenado al suplicio por unos malvados, del que luego fué por su humildad la salud del mundo como fué la salvación de su pueblo, el prisionero de Putifar? ¿Quién fué la valerosa Raquel? ¿Quién Ana

la madre dichosa de Samuel? No fueron más que figuras de la que quebrantó la cabeza de la serpiente y dió al mundo al gran sacerdote del Altísimo, al Rey de los reyes.

Me complazcò en ver á María en la intrépida Judit que hiere de muerte al tirano Holofernes. La contemplo también en la amable y heróica Esther, cuando habla con el gran rey para evitar las tramas homicidas del enemigo de nuestras almas, y cuando prestándose voluntariamente á los decretos del cielo, hizo revocar la sentencia de muerte pronunciada contra el género humano. ¿No debemos deducir de todas estas figuras y sacar de estos textos de la Escritura que María estaba concebida desde antes que se formara el mundo, que lo mismo que el Mesías era esperada por el pueblo judío, y que mereció desde antes de nacer tal vez un culto real, y sobre todo, un culto de admiración y deseo?

Si así es, ¿por qué rebelarse contra honores tan respetables por su antigüedad y por su origen? ¿No nos presenta el Evangelio, no sólo á los ángeles del cielo, sino al Espíritu Santo, al Hijo de Dios descendiendo hasta esta modesta hija del pueblo? Nos parece innecesario recordar la solemne entrevista del ángel Gabriel con María y el texto de la Escritura que habla de la sumisión de Jesús á su madre. Mucho menos las palabras de Elisabet y la Magnífica.

¿Para qué insistir en citar unos textos tan claros y en poner de manifiesto pruebas tan conocidas de todos? Ante ellas, sólo los ignorantes y los escépticos pueden rechazar la doctrina de la Iglesia: para nosotros los cristianos sobra luz y claridad. Estamos convencidos y declaramos en alta voz y desde el fondo de nuestro corazón que nos enorgullecemos de ser devotos de María y nada de este mundo podrá sonrojarnos del culto que tributamos á María y del amor que tenemos á nuestra madre. — ASÍ SEA.

## LA NATIVIDAD DE MARÍA

### DÍA TRES

#### ARTÍCULO I

#### LA SAGRADA ESCRITURA

ORIENTUR STELLA ex Jacob, et consurget virga de Israël.

*Núm., XXIV, 17.*

Egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet.

*Isa., IX, 1.*

Ipsa est mulier quam preparavit Dominus filio Domini mei.

*Genes., XXIV, 14.*

BENEDICENTUR IN TE et in semine tuo.

*Psalm., XXV, II, 14*

Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens?

*Cant., VI, 9.*

Creavit Dominus novum super terram: FOEMINA CIRCUMDABIT VIRUM.

*Jerem., XXXI, 22.*